

Edgar Avila Echazú

**RESUMEN Y ANTOLOGIA DE
LA LITERATURA BOLIVIANA**

GISBERT Y CIA. S. A.

Libreros - Editores

La Paz - Bolivia

1973

de salvarse, cuando advirtió, sobre todo, que los implacables soldados de Goyeneche mandaban arrodillarse a los patriotas, exclamó en francés:

—¡Non, sacré Dieu! ¡Non, par la cullote de mon père!

Y revolviendo contra su pecho la boca del cañón que había cargado de metralla, encendió la ceja, y cayó lejos destrozado.

Alejo, más feliz que él, sintió subírsele la sangre a la cabeza, se acordó de Aroma, embistió al primer granadero que se puso por su delante, le arrebató el fusil y escapó de la muerte, herido de todos modos, sin saber él mismo, cómo a merced de sus hercúteas fuerzas y a la ligereza de sus piernas.

Los vencedores encontraron en la Coronilla un montón de muertos, cañones de estaño desmontados, medio fundidos, y sentada en las groseras cureñas, de uno de ellos, teniendo a dos niños exánimes a sus pies, una anciana ciega, de cabellos blancos como la nieve.

—¡De rodillas! Vamos a ver cómo rezan las brujas. —dijo uno de ellos apuntando el fusil.

La anciana dirigió de aquel lado sus ojos sin luz, recogió en el hueco de su mano la sangre que brotaba de su pecho y la arrojó a la cara del soldado antes de recibir el golpe de gracia que la amenazaba!

LA POESIA ROMANTICA

La poesía del romanticismo boliviano desarrolla ese espíritu moralista, falta de imaginación, sensiblero, que expresa artificiosos estados de ánimo subjetivistas, en los cuales hay una oratoria y un sentimentalismo exagerados. Estas características provienen del afán imitativo de la peor poesía moralista romántica española y francesa. Además, hay que ver en esos versos una casi completa falta de cuidado formal. Pese a todo lo anotado, existen algunas producciones aisladas en las que se puede encontrar un deseo genuino de originalidad.

MARIA JOSEFA MUJIA

Nació en Chiquisaca, en 1813. Quedó ciega a los catorce años. Poseía una inteligencia extraordinaria para una mujer de su edad. Sus versos fueron publicados por su hermano, que le servía de se-

cretario y lector. En su larga vida escribió bastante, pero hasta ahora no han sido publicadas sus poesías en un volumen. Murió en 1888, respetada por toda la intelectualidad de su tiempo. El dolor y el escepticismo de su poesía, es algo natural en ella; la forma no es muy perfecta pero quizá, por eso mismo, adquiere un aliciente sincero que hay que destacar.

LA CIEGA

Todo es noche, noche obscura...

Ya no veo la hermosura

De la luna refulgente;

Del astro resplandeciente,

Sólo siento su calor.

Ya no hay nubes que el cielo dora:

Ya no hay alba, no hay aurora

De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento:

Ya no tienen lucimiento

Las estrellas en el cielo...

Todo cubre un negro veio,

Ni el día tiene esplendor.

No hay matices, no hay colores;

Ya no hay plantas, ya no hay flores,

Ni el campo tiene verdor.

Ya no veo la belleza

Que ofrece la naturaleza:

La que el mundo adorna y viste...

Todo es noche, noche triste,

De confusión y pavor...

Doquier miro, doquier piso,

Nada encuentro y no diviso

Más que lobreguez y horror.

Pobre ciega, desgraciada,

Fior en su abril marchita,

¿Qué soy yo sobre la tierra?

Arca de tristeza que encierra

Su más tremendo smargor,

Y mi corazón enjuto,
Cubierto de negro luto,
En el trono del dolor!

En mitad de su carrera,
Cuando más luciente era
De mi vida el astro hermoso,
En eclipse tenebroso
Por siempre se oscureció.
De mi juventud lozana
La primavera temprana
En invierno se trocó.

Mis placeres halagüeños
El porvenir me pintaba
Bellos días y risueños
Y seductor se mostraba
Por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron
Y en mi alma sólo quedaron
La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
Que se mira condenado
En su juventud florida
A pasar toda la vida
En una oscura prisión,
Tal me veo, de igual suerte:
Sólo espero que la muerte
De mí tendrá compasión!

Consumada mi esperanza
Ya ningún remedio alcanza,
Ni una sombra de delicia
A mi existencia acaricia ...
Mis goces son el sufrir. ...
Y en medio de esta desdicha,
Sólo me queda una dicha:
¡Y es la dicha de morir!